

y aun allí no se tiene por segura.

Corre el sol detras de ella, disparando sus encendidas flechas: y en llegando á lo alto del cielo, á ver aspira donde la obscura noche se retira.

Tal vez no puede conseguir su intento, por mas que todo lo registra atento; contra la tierra flechas tira airado, y alcanzar á la noche no ha logrado.

Entre tanto ella absorta y asombrada, á lo inculco del bosque retirada, oye rodar el carro rutilante, que con curso veloz pasa adelante.

Con lo qual sin pavor, susto ni miedo, volviendo en sí con ánimo y denuedo, como del susto libre ya se mira, entre placer y júbilo respira.

Oculca entre el arbusto, entre la rama, ve que retira el sol su ardiente llana, y al notar que en el mar se ha sepulcado, dexa el bosque y alegre sale al prado.

La aumenta su placer verse servida de una tropa de estrellas, que lucida con brillos, con reflexos y fulgores, para obsequiarla son sus batidores.

La luna en su carroza va adelante, hermosa, plateada y rutilante, porque así de la noche los capuces, triunfar saben del padre de las luces.

Todo cede al empeño de la noche: despues de haber pasado rubio coche. ¡Oh! ¡quién imaginara, quién creyera, que de la noche el manto al sol cubriera?

La verdad de este modo resplandece, como el sol, que las nieblan desvaneces; mas el error, que ha sido conocido, tambien algunas veces ha vencido.

Porque si de mi labio los consejos, ó no se escuchan, ó se escuchan lejos,

